

TEORÍA DE LA PULSIÓN DE MUERTE EN KLEIN

Marcela Fuentes C.¹

Las emociones polares, contrastantes, que todos sentimos y experimentamos y que poseen la cualidad de una gran intensidad hacia el primer objeto descritas a lo largo de toda la obra de Klein, están bella, pero a la vez, brutalmente expresadas en forma muy real y vívida, me parece a mí, en las pinturas de Francis Bacon en donde éste busca capturar la sensación, la emoción y no el aburrimiento de la transmisión. Al respecto señala: “Yo creo que mis pinturas sencillamente ocurren. No podría decir de dónde viene ninguno de los elementos” (2003).

EL GESTO BRUTAL DEL PINTOR: SOBRE FRANCIS BACON

Milan Kundera

Un día Michel Archim-baud, que se propone publicar un libro de retratos y autorretratos de Francis Bacon, me invita a escribir un pequeño ensayo inspirado en estos cuadros. Me asegura que así lo quiere el propio pintor. Me recuerda un breve texto mío, publicado hacía tiempo en la revista L’Arc, que Bacon consideraba uno de los pocos en los que se reconocía. No negaré mi emoción ante semejante mensaje, que me llegaba, después de años, de un artista con el que jamás me encontré y al que tanto he admirado. Escribí este texto de L’Arc (que, más tarde, inspiró parte de mi Libro de la risa y el olvido), dedicado al tríptico de los retratos de Henrietta Moraes, al poco de mi emigración, hacia 1977, todavía obcecado por los recuerdos del país que acababa de abandonar y que permanecía en mi memoria como una tierra de interrogatorios y de vigilancia. Ahora, no puedo sino empezar mi nueva reflexión sobre el arte de Bacon a partir de aquel antiguo texto:

“Ocurrió en 1972. Me encontré con una joven en la periferia de Praga en un apartamento que nos habían prestado. Dos días antes, durante todo el día, había sido interrogada sobre mí por la

¹ Psicóloga. Psicoanalista Asociación Psicoanalítica Chilena.

policía. Ahora quería verme a escondidas (temía ser constantemente seguida) para contarme las preguntas que le habían hecho y lo que ella había respondido. En el caso de un posible interrogatorio, mis respuestas debían ser idénticas a las suyas. Se trataba de una jovencita que todavía desconocía el mundo. El interrogatorio la había alterado y, desde hacía tres días, el miedo le removía las entrañas. Estaba muy pálida y, durante nuestra conversación, se levantaba con frecuencia para ir al servicio –hasta el punto de que el ruido del agua que llenaba la cisterna acompañó todo nuestro encuentro. La conocía desde hacía tiempo. Era inteligente, ingeniosa, sabía controlar perfectamente sus emociones e iba siempre vestida de un modo tan impecable que su vestido, al igual que su comportamiento, no dejaba el mínimo resquicio para entrever su desnudez. Y, de golpe, el miedo, como un gran cuchillo, la había escindido. Estaba allí ante mí, abierta, como el tronco desgarrado de una ternera colgado de un gancho en una carnicería. El ruido del agua que llenaba la cisterna del aseo ya prácticamente no cesaba y, de repente, tuve ganas de violarla. Sé bien lo que digo: violarla, no hacer el amor con ella. No quería su ternura. Quería agarrarle brutalmente la cara y, al instante, tomarla a ella entera, con todas sus contradicciones tan intolerablemente excitantes: con su vestido impecable y sus entrañas revueltas, con su razón y su miedo, con su orgullo y su desgracia. Tenía la impresión de que en todas sus contradicciones radicaba su esencia: ese tesoro, esa pepita de oro, ese diamante oculto en las profundidades. Quería poseerla en un segundo, con toda su mierda y su alma inefable. Pero veía sus ojos fijos en mí, llenos de angustia (dos ojos angustiados en un rostro razonable), y cuanto mayor era la angustia de sus ojos, más absurdo, estúpido, escandaloso, incomprensible e imposible de cumplirse se tornaba mi deseo. Por desplazado e injustificable que fuera, ese deseo no dejaba de ser menos real. No sabría negarlo –y, cuando miro los retratos-trípticos de Francis Bacon, es como si me acordara de aquello. La mirada del pintor agarra la cara como con una mano brutal, tratando de apoderarse de su esencia, de ese diamante oculto en las profundidades. Claro, no estamos seguros de que las profundidades conserven realmente algo –pero, sea lo que sea, hay en nosotros ese gesto brutal, ese

movimiento de la mano que agarra, arrugándola, la cara de otro con la esperanza de encontrar en ella, detrás de ella, algo que se oculta allí”.

Esta es la sensible comprensión que hace Kundera de su funcionamiento mental y de las oscilaciones de sus pensamientos/emociones desde PS a D, producto de su impacto frente a la percepción de aquella joven mujer en Praga (reducida en ese momento a sus miedos), transformándose él en un potencial agresor. Lo anterior, junto con el poder procesar esa experiencia como un relámpago y antes de concretar una acción, ejemplifican los planteamientos que desarrollaremos a continuación.

La hipótesis de Klein sobre la Pulsión de Muerte, englobada en su teoría general sobre el funcionamiento y desarrollo mental, y en especial su teoría de las dos posiciones, fue desarrollada gradualmente y las conclusiones teóricas fueron el resultado de sus observaciones clínicas. Ella continuó ampliando su teoría hasta final de su vida y muchos otros después de ella. Generaciones de analistas siguen desarrollando sus ideas aportando nuevas conceptualizaciones.

Estamos muy de acuerdo con lo que señala Money-Kyrle (1955), que en psicoanálisis probablemente la verdad última sea de una complejidad infinita, y que sólo sea posible acercarse a ella a través de una infinita serie de aproximaciones.

Desde los inicios de su trabajo analítico con niños (1921-1926), en el Policlínico Psicoanalítico de Berlín (22 casos), Klein observó y se alarmó del gran monto de ansiedad latente que aparecía en el juego de esos niños y que surgía a propósito del ahondamiento del tratamiento mismo (Frank, 2009). Alentada por Abraham observa que esa angustia era causada por una agresividad y sadismo latente en aquellos niños, dirigida principalmente a sus padres y hermanos, que se expresaba en fantasías inconscientes a través de mecanismos de proyección e introyección. Ella observaba que aquellos niños en sus juegos experimentaban y luchaban por

incontenibles deseos de destruir, hacer pedazos sus objetos y al mismo tiempo una urgencia por restituirlos y reconstruirlos (1958). Pensaba que sus hallazgos estaban basados en los descubrimientos de Freud y Abraham y en sus trabajos tempranos; tanto el sadismo como la agresión fueron vistos como una etapa y componente del desarrollo libidinal (Freud, 1903; Abraham 1924).

Luego, cuando Freud postula la hipótesis de la presencia de una Pulsión de Muerte que coexiste con la Pulsión de Vida (Freud, 1920), lo consideró un formidable avance teórico para entender el funcionamiento mental de sus pequeños pacientes y a la vez de una gran utilidad clínica.

A partir de 1933 más o menos (relativamente tarde), adhiere a ese postulado y lo desarrolla en plenitud desde 1946 en adelante; ahora los impulsos agresivos son conceptualizados como derivados de La Pulsión de Muerte, sin embargo con una distinción: Para Freud, el miedo a la muerte no existiría en el inconsciente como angustia primaria, en cambio Klein deducía que aquel postulado freudiano era incompatible con sus mismos descubrimientos de los peligros suscitados por la Pulsión de Muerte, operando desde la partida en el interior del organismo. Al mismo tiempo ella pensaba que tanto el amor como el odio -manifestación de las dos pulsiones- serían desde la partida innatos, adhiriéndose en forma inmediata al mismo objeto. Así, las dos pulsiones encuentran un objeto para ligarse desde el nacimiento en adelante.

Freud consideraba que el odio hacia el objeto era primero que el amor hacia él, como una consecuencia de su hipótesis de un narcisismo primario.

Aunque esta aseveración no es del todo clara ya que en otros escritos afirma que el hecho de mamar el pecho materno se vuelve paradigmático de todo vínculo de amor (1903). El hallazgo del objeto es en realidad un reencuentro. También señala que el componente oral instintivo encuentra satisfacción apeándose con el deseo de alimentación y su objeto es el pecho de la

madre, después se separa y en el autoerotismo encuentra el objeto en su propio cuerpo (1922).

Para Freud habría un impulso primario a buscar la muerte, y ella agrega que junto con lo anterior, habría también un impulso primario a temer y a evitar aquella muerte. Sus observaciones analíticas muestran que si en el inconsciente hay un temor a la aniquilación de la vida y si suponemos la existencia de un instinto de muerte, también debemos pensar que en las capas más profundas de la mente hay una reacción a ese instinto en la forma de un gran temor a la aniquilación de la vida. Así, el temor a morir, entraría desde los comienzos en el miedo del Yo a un Superyó primitivo, representado en la fantasía inconsciente por un pene y pecho devorador (Klein, 1948, p.241-242; Money-Kyrle, 1955, p.288).

En su trabajo "Tendencias criminales en niños normales", del año 1927 comprendió en forma más visible el problema de la agresión, describiendo mucho más claramente un Superyó muy temprano. Ella sugiere que la introyección de este Superyó empieza desde el nacimiento y una de las funciones del objeto incorporado es la función del Superyó. Niños que inconscientemente sienten una cruel retaliación de sus padres como castigo por sus fantasías agresivas, se sienten compelidos a ser malos y a ser castigados porque el castigo real aunque severo, es mejor que los ataques criminosos que están continuamente esperando de los padres en la fantasía. En ese trabajo sigue a Freud en su tesis que no es el delito lo que origina el sentimiento de culpa, sino el sentimiento de culpa lo que lleva al delito. Relaciona ese sentimiento preexistente de culpa, con su primer descubrimiento del Superyó primitivo. El delincuente tendría ese primitivo Superyó y una consciencia demasiado cruel que lo llevaría a cometer delitos, bajo la presión de la ansiedad y el temor. Desarrolla sus ideas mostrando el análisis de tres niños, uno relativamente normal, otro con una inhibición neurótica y el tercero delincuente. Ella observó que los tres niños tenían impulsos sádicos, canibalísticos y tendencias antisociales; y su pregunta era si sus fantasías inconscientes eran similares, ¿qué hace que

esas tendencias de un niño tomen distintas formas: en un niño normal, un neurótico, un psicótico, un perverso o un criminal? Dice: “Pero precisamente porque no sabemos, debemos tratar de saber...”. Para ella la diferencia estriba en el grado de robustez del Yo que estaría constitucionalmente determinado y sería una consecuencia directa de la fusión o defusión de las pulsiones, pero hasta qué punto el Yo puede mantener esta firmeza o aumentarla, depende de factores ambientales especialmente la actitud de la madre hacia el bebé. La relación con el buen objeto es el núcleo del Yo desde donde éste se expande y desarrolla y si esto se logra construir, es más posible que pueda contener la ansiedad y preservar la vida, ligando pequeñas porciones de los vínculos objetales destructivos con los vínculos libidinales (1958).

El fundamento de la vida psíquica se entendería por la interacción de las Pulsiones de Vida y Muerte, estando representadas desde la partida por las emociones amor y odio. Pero ella hace una diferencia en su concepción de las pulsiones: Las pulsiones son mucho más psicológicas que biológicas, siendo el cuerpo físico un medio en el que las pulsiones de amor y odio son expresadas. Para ella el niño siente hambre, dolor, placer, deprivación, felicidad, todos causados por el primer objeto- la madre- es con ella o a través de ella ,que se estructura la experiencia y las pulsiones expresadas en fantasías inconscientes le dan la impronta a esa experiencia.

Podríamos pensar desde la perspectiva de Klein, que sentir amor y odio hacia el objeto o hacia sí mismo derivados de las pulsiones de Vida y Muerte habrían antes sufrido una transformación debido a que estarían ya bajo el dominio y control del Yo, pertenecerían a un nivel más desarrollado y organizado que las relaciones de los instintos con sus objetos (Freud), aunque estarían en términos amplios contenidos en aquellos. La teoría de Klein sería entonces bimodal, simultáneamente una teoría pulsional y de relaciones objetales.

La angustia sería el problema básico con el que tendría que lidiar el Yo, causado por la lucha de ambas pulsiones y tomaría la forma de aniquilación de la vida, y si existe una Pulsión de

Muerte también podemos asumir que en los estratos más profundos de la mente, hay una respuesta a esa pulsión. Por ello el bebé nace con un temor a la aniquilación derivado de la amenaza de la Pulsión de Muerte, explicando cómo el Yo empezaría su actividad inmediatamente después del nacimiento, con el fin de contrarrestar ese peligro apelando a las Pulsiones de Vida.

Para ella habría un Yo rudimentario con una noción o representación vaga de su desintegración, es decir de su muerte. Ya que esta lucha instintiva persiste toda la vida, la fuente de angustia nunca es eliminada y participaría en forma constante en todas las situaciones de ansiedad posteriores (1948). Si nos detenemos a pensar en qué consiste este primitivo temor a ser aniquilado, podría tener que ver con un miedo terrorífico a desaparecer, desintegrarse, morir de hambre, o una fantasía de ser devorado o asfixiado o como una fantasía de estar con un material explosivo, con una cualidad primitiva aterradora, escasamente tamizada por el Yo. Este temor a ser destruido se personificaría para ella, inmediatamente, en un objeto destructivo que persigue e invade, como también en un objeto bueno que protege y salva de esa situación.

Este estado de la mente de ser aniquilado que surge desde el interior y que se potencia con el nacimiento, es proyectado por el Yo hacia afuera, creando un mundo temible, que producto del splitting, resultará en dos mundos, uno bueno y otro malo, mecanismo fundamental para ordenar el mundo del bebé. El splitting tiene éxito si predominan los impulsos amorosos, un buen objeto externo con un relativo Yo fuerte. La capacidad de amar le da ímpetu a las fuerzas integrativas, y por otro lado una cierta cantidad de splitting es necesario siempre para mantener el buen vínculo con el objeto interno y externo.

Por otra parte, si existe un exceso de destructividad, que no se pudo transformar o contener por causas externas e internas, el resultado es un aumento de la angustia de aniquilación, por lo que el Yo recurre a la fragmentación como defensa para dispersar y disminuir la angustia. Al no

poder mantener la cohesión por la excesiva angustia, éste se escinde en varios pedazos y estos se proyectan en diferentes grados de violencia al objeto a través de la identificación proyectiva (1946). Como consecuencia y por la identificación proyectiva excesiva, el objeto bueno no puede mantenerse separado del malo ni tampoco se puede separar claramente el self del objeto.

Se experimentarían estados de desintegración psicológica y confusión self- objeto asociados a angustias extremas porque al confundirse el amor y el odio hacia el objeto, este último amenaza con destruir el vínculo libidinal del Yo con su objeto para siempre, por lo que el Yo está en peligro de destrucción también.

El único escape es poder diferenciar amor y odio, aumentar el amor y contener el odio, pero cuando la destructividad aumenta por diferentes razones, no se puede hacer esa diferenciación. En estos estados emocionales extremos en la relación transferencial, en la relación con las personas, y en la vida en general; no es claro momento a momento quién es quién, si el persecuidor es el analista (el otro), que invade o enferma con su presencia, método e interpretaciones o si es que es el paciente, a quien pertenece la rabia o dolor por haber sido atacado; quién es el que tiene la depresión, quién es el que dañó y quién es el que está dañado.

La salida es la puesta en marcha de impulsos reparatorios y reintroyectar por el mismo camino lo proyectado y escindido para que el Yo y el objeto bueno se reconstituyan. Los primeros intentos que hace el Yo es la reparación maniaca, donde se trata de reparar el objeto, pero se dificulta si la proyección se hizo con mucho odio. El retorno de los fragmentos que fueron proyectados en forma violenta dentro del objeto, son sentidos que retornan también en forma intrusiva y hostil para aniquilar al Yo nuevamente, éste no los recibe, por lo tanto se vuelven a proyectar (una segunda fragmentación). En estos estados la amenaza de derrumbe mental, muerte y depresión rondan al Yo. El estado mental es de confusión, catástrofe emocional,

intenso dolor depresivo, por la propia violencia hacia el objeto, por lo que se recurre nuevamente a defensas maniacas como salida.

En Envidia Y Gratitude Klein postula la importancia de la envidia como una manifestación de la Pulsión de Muerte, sería el factor más potente para socavar los sentimientos de amor y gratitud en sus raíces, ya que afecta la relación más temprana con la madre y son una expresión del sadismo oral y anal. El objeto envidiado es echado a perder por experimentarse como bueno.

Este postulado causó entonces y ahora, muchas controversias en los medios analíticos. De alguna manera son ideas que causan resistencia porque es penoso concebir que un bebé o un adulto, destruya lo que es bueno para él.

Sin embargo, ella lo vio en su práctica clínica: el dolor que causaban estos estados mentales para el analizado y pensó que si se interpretaba esa situación, podía disminuir y soportarse, dándole fuerza al Yo para integrar esos sentimientos. La consciencia de tomar conocimiento de desear atacar la bondad, es extremadamente dolorosa.

El concepto temprano de envidia se podría pensar desde la noción de una idea innata de un pecho bueno; instintivamente el pecho es sentido como la fuente de la vida, ya que es el que alimenta y compensa la pérdida del estado intrauterino. El haber sido parte de la madre en el período prenatal, ayuda a sentir qué hay un objeto que podría cubrir las necesidades, una noción de algo que existe para sostener, y un movimiento a buscarlo; la búsqueda de un estado faltante para compensar la pérdida de un estado ideal. Antes el bebé estaba dentro de la madre y ahora el bebé siente a la madre dentro de él. Estos intensos estados emocionales ocurren en un período preverbal, pero se podrían recuperar y emerger en diferentes situaciones en la vida y en la relación transferencial a través de la “memoria de sentimientos”.

Para Klein la interacción con el buen objeto es fundamental porque los deseos del niño son que la madre también calme y aleje o lo libere de sus impulsos destructivos contra sí mismo y calme

al mismo tiempo el miedo de haberla dañado. La vida emocional temprana se caracteriza por perder y reencontrar el objeto, fusionarse y separarse del objeto. Por otro lado, los deseos insatisfechos son un importante factor en la sublimación y los procesos creativos, ya que el conflicto y deseo de superarlos es un elemento fundamental en la creatividad. La capacidad de dar y preservar la vida es el mejor don, por lo tanto la creatividad es la más profunda causa de la envidia. Por otro lado una excesiva envidia impide la instalación del buen objeto con seguridad.

Para Klein es la disminución de la ansiedad lo que determina el progreso tanto en el análisis como en el desarrollo mental. Por lo tanto centra su trabajo en la ansiedad, distingue ansiedad persecutoria y depresiva esta última es la ansiedad con respecto al estado en que se encuentra el objeto del cual se depende y por lo tanto puede deprivar, o ser vulnerable a su hostilidad llevando a la culpa depresiva. Su miedo posterior es que su propia voracidad, destructividad y envidia han destruido al objeto amado. Aceptar la propia responsabilidad por el mundo interno dañado es muy doloroso de asumir y el Yo como defensa o bien regresa al periodo anterior o apela a la defensa maníaca. Los contenidos de la ansiedad depresiva son múltiples: el objeto bueno sufre, se está deteriorando, se perderá, no se podrá recuperar nunca más, etc.

Técnicamente después de mucho trabajo, el analizado puede enfrentar la envidia y el odio; las implicancias tempranas y profundas son extremadamente penosas y difíciles de aceptar.

Klein en su Técnica es muy empática al estar del lado del analizado para comprender aquellos aspectos, ya que el mismo paciente rechaza y se defrauda con ese aspecto de sí mismo. Para ella, ayudar a atravesar esos difíciles y profundos conflictos es la mejor manera de conseguir la integración, la manera más segura de conservar el vínculo con el buen objeto y su amor por él y así ganar confianza consigo mismo.

Dice: “Mi experiencia me ha demostrado que no estamos en una posición de juzgar tanto la cantidad de amor u odio que está presente en cada persona, hasta que no hayamos entendido las maneras en que el amor está enterrado debajo del odio y las reacciones que de nuevo se han formado contra el odio” (Steiner, 2017).

Para Klein existe una conexión profunda entre amor y odio en los estratos profundos del inconsciente. Pensaba que la mejor comprensión de los impulsos agresivos y fantasías nos permitirían entender mejor qué es el amor, ya que el sentimiento que llamamos amor se profundiza por la consciencia del dolor, culpa y angustia que sentimos cuando herimos o dañamos a nuestros buenos objetos.

Al final de su vida (1958) ella hace un alcance en relación a los procesos de escisión comentando lo mucho por descubrir y comprender todavía esos “oscuros procesos de splitting”, agregando otra modalidad de splitting que ha observado es de un orden distinto, por una mayor defusión de las pulsiones y por lo tanto provocador de mucho más ansiedad. No serían parte del Superyó, sino que ocuparían otro espacio que les es propio, separado del resto de la personalidad. En lo profundo del inconsciente se hallarían estos objetos muy primitivos y terroríficos; permanecerían en el inconsciente profundo aún sin ser modificados y serían producto de una desmezcla pulsional mucho mayor, por lo tanto, no serían aceptadas por el Yo y constantemente rechazadas por éste. El Superyó que se desarrolla normalmente, se forma en estrecha colaboración con el Yo compartiendo el mismo objeto y es producto de la fusión de las dos pulsiones. Esto permite que la función superyoica esté integrada al Yo. En contraste, estas extremas figuras terroríficas no son aceptadas por el Yo y están constantemente siendo rechazadas por él. Klein no desarrolla mucho más esta idea, y eventualmente podrían emerger en ciertos momentos de crisis; invita a estudiar más estos procesos de splitting primitivos, ya que para ella son un modo “oscuro” (en sus palabras), como se manifiestan y actúan.

Cuando Melanie Klein puso la luz sobre la importancia de la agresión en la constitución del aparato mental, fue en algunos analistas sobreinterpretada, probablemente por ser la primera en hablar abiertamente acerca de su relevancia constitutiva, ya no como un juicio moral. Ella muchas veces pensó y se refirió que pasó malos momentos intentando explicar que no todo se trataba de agresión.

Klein ha sido muy controversial al introducir la agresión en sus interpretaciones y hubo un período que se la malentendió, se pensaba que los kleinianos sólo interpretaban la agresión. El punto es que la agresión sólo puede ser tolerada cuando es modificada, mitigada, y si somos capaces de desenterrar la capacidad de amar (Spillius, 2007, p.80). Se sabe que Klein sentía lo mismo con respecto al concepto de envidia ya que algunos analistas y estudiantes, usaban ese concepto en forma indiscriminada. Elizabeth Spillius (2007) se pregunta qué pensaría Klein 50 años después, ya que los Kleinianos Contemporáneos son acusados por muchos, por lo mismo.

Bibliografía

- 1.- Frank C (2009). *Melanie Klein in Berlin: Her First Psychoanalysis of children*. London: Routledge.
- 2.- Kundera M & Borel F (1996). *Bacon: Portraits and self-portraits*. London: Thames & Hudson.
- 3.- Klein M (1927). Tendencias criminales en niños normales. En *Contribuciones al psicoanálisis* (p.165-178). Buenos Aires: Paidos, 1975.
- 4.- Klein M (1946). Notas sobre algunos mecanismos esquizoides. En *Envidia y gratitud y otros trabajos* (p.10-33). Buenos Aires: Paidos, 1997.
- 5.- Klein M (1957). Envidia y gratitud. En *Envidia y gratitud y otros trabajos* (p.181-240). México: Paidos, 2009.

6.- Klein M (1958). Sobre el desarrollo del funcionamiento mental. En *Envidia y gratitud y otros trabajos* (p.241-250). México: Paidós, 2009.

7.- Klein M (1959). Nuestro mundo adulto y sus raíces en la infancia. En *Envidia y gratitud y otros trabajos* (p. 251-167). México: Paidós, 2009.

8.- Klein M (1960). Sobre la salud mental. En *Envidia y gratitud y otros trabajos* (p. 272-278). México: Paidós, 2009.

9.- Klein M (1963). Sobre el sentimiento de soledad. En *Envidia y gratitud y otros trabajos* (p. 306-320). México: Paidós, 2009.

10.- Klein M (1975). *Envidia y gratitud y otros trabajos*. México: Paidós, 2009.

11.- Money-Kyrle R (1955). Una contribución no definitiva a la teoría del instinto de muerte. En Klein M, Heimann P & Money-Kyrle R (Eds.), *Nuevas direcciones en psicoanálisis* (p.478-488). Buenos Aires: Paidós, 1965.

12.- Melanie Klein Trust. The originality of Melanie Klein: a conversation between Edna O'Shaughnessy & Ron Britton. Video

13.- Money-Kyrle R (1963). British School of Psychoanalysis: Melanie Klein and her Contribution to Psychoanalysis. En Meltzer D (Ed.), *Collected papers of Roger Money-Kyrle*. (p.408-415). London: Clunie Press, 1978.

14.- O'Shaughnessy E (1999). Relating to the superego. En *Inquiries in Psychoanalysis. Collected Papers of Edna O'Shaughnessy* (p.176-189). London: Routledge, 2015.

15.- Riesenbergr R (1988). The constitution and operation of the superego. En *On Bearing Unbearable States of Mind* (p.53-70). London: Routledge, 1999.

16.- Sodre I (2015). Imparadised in hell: Idealisation, erotisation and the return of the split-off. En *Imaginary Existences: A Psychoanalytic Explorations of Phantasy, Fiction, Dreams and Daydreams* (p.86-104). London: Routledge.

17.- Spillius E (2007). *Encounters with Melanie Klein: selected papers of Elizabeth Spillius*. London: Routledge.

18.- Steiner J (2017). *Lectures on Technique by Melanie Klein*. London

Email: marcefuent@yahoo.com